

Una transición hacia el decrecimiento

Oriol Leira y Stefano Puddu

Decrecimiento: para unos se trata de una palabra-bomba, para otros de una provocación, lo cierto es que está entrando con fuerza en el lenguaje político y sobre todo en el sentido común.

Para poder hacer una aproximación rigurosa al fenómeno del decrecimiento hay que tener en cuenta tres dimensiones estrechamente relacionadas: la historia de esta idea, los acontecimientos y debates que la han llevado a irrumpir con suficiente relevancia en la escena sociopolítica, económica y cultural de principios del siglo XXI y la historia del movimiento.

Sin duda estas dimensiones están estrechamente entrelazadas, y ciertos aspectos las atraviesan transversalmente (debates de ideas, contexto histórico y movimientos sociales se retroalimentan mutuamente). Esta disección también puede acarrear olvidos y reiteraciones pero estamos convencidos de sus virtudes didácticas y de su carácter clarificador.

Genealogía del término

La definición común de la palabra decrecimiento parece invocar un sentido económico restringido, pero la diversidad de implicaciones, la variedad de voces que desde diferentes ámbitos la han reivindicado y el cuestionamiento global del modelo de vida occidental demuestran su multidimensionalidad. Así pues, más allá de la economía, tiene claras implicaciones en la ética, la cultura y, sobre todo, en la política.

Para poder entender la gestación y configuración de esta palabra, no basta con hacer referencia a los autores que la han popularizado sino también a aquellos que la han inspirado. Siendo rigurosos la palabra decrecimiento no se ha empezado a acuñar hasta bien avanzada la segunda mitad del siglo XX, pero sin lugar a dudas la intuición conceptual y vivencial que ésta conlleva se ha ido manifestando de distintas maneras a lo largo de la historia del pensamiento. Así pues, podemos hablar de precursores de una manera de entender la realidad humana orientada al decrecimiento o, si se prefiere, proponiendo una lógica inversa al concepto de progreso basado en el crecimiento económico o material.

Ya en la antigüedad un filósofo como Epicuro (341-270 aC) proponía una ética basada en la autocontención de las necesidades y la moderación de los deseos. Su principio hedonista defendía como camino para conseguir la felicidad la búsqueda del placer pero planteado en negativo como ausencia de dolor. Esquivar los dolores evitables y amortiguar los inevitables, satisfacer las necesidades básicas con placeres estáticos (frugalidad, suficiencia, etc.) y restringir al máximo, dándole el valor de excepcionalidad, a los placeres cinéticos (el refinamiento, el exceso, etc.), éstas eran las recetas individuales que Epicuro proponía. Así pues, el placer —razonablemente administrado por un cálculo prudente— se convertía en el criterio de valoración moral. Se trataba de una propuesta básicamente ética, de un ideal de vida.

En el siglo XIX, John Stuart Mill (1806-1873) trasladó la propuesta ética del ámbito individual al social. Adaptó el principio hedonista al ideal utilitarista. Para conseguir la felicidad trataba de conseguir el placer y la ausencia de dolor para el mayor número posible de personas. Respondiendo a sus detractores estableció una distinción entre los placeres nobles y los placeres bajos, entre la simple satisfacción y la felicidad, entre los placeres del cuerpo y los que satisfacen la inteligencia y el sentido moral, valorando la calidad más que la cantidad del placer. Fue el primero en romper la identificación entre prosperidad social y crecimiento, introduciendo el concepto de crecimiento estacionario; lo concebía como un escenario en el que la humanidad habría satisfecho sus necesidades esenciales y podría centrar su atención en otras cuestiones. Maticemos que Mill no llega a esta propuesta como resultado de una crisis ecológica o de civilización, ni tampoco fruto de la madurez de un modelo económico integrado en el medio natural, sino más bien en su afán de concebir una sociedad liberal que desplace los intereses materiales a favor de una cierta justicia social distributiva y de alentar a los hombres en sociedad a utilizar su libertad para mejorar moral e intelectualmente, potenciando así valores más humanizadores.

En el mismo siglo también encontramos el que se ha considerado padre de la simplicidad voluntaria, Henry David Thoreau (1817-1862). Filósofo y naturalista que abogó por una vida sencilla, en contacto con la naturaleza, ha sido uno de los primeros en considerar los lujos y muchas de las llamadas comodidades no sólo prescindibles sino incluso un obstáculo para el desarrollo humano. Defendió que el camino de la sabiduría tenía que pasar por la pobreza voluntaria. Ha sido uno de los autores que Gandhi cita como maestro e inspirador de su pensamiento. Un referente actual de esta propuesta ético-vital es el movimiento por la simplicidad radical (Jim Merkell, EEUU).

Pero no fue hasta la segunda mitad del siglo XX, cuando la humanidad pasa de dos a seis mil millones de individuos, que la crítica medioambiental gana fuerza. Fundada en la denuncia de una actitud depredadora y consumidora de la naturaleza, preconiza una nueva ética de la responsabilidad. En la primera mitad de siglo Martin Heidegger denunció los riesgos que la técnica moderna conllevaba para la naturaleza, hasta el extremo de destruirla —a diferencia de la *techné* de los campesinos y los artesanos precapitalistas, respetuosos con lo que les daba de vivir. Uno de sus alumnos, el filósofo Hans Jonas (1903-1993) llevará más lejos esta crítica a las «tecnociencias», explicando en su obra *El principio de responsabilidad* (1979) que el enorme poder de destrucción de las técnicas —industriales, genéticas, bioquímicas, militares— obliga a la humanidad a asumir sus responsabilidades frente a las «generaciones futuras». Es el nacimiento de una nueva ética de la *precaución* ecológica, que debe primar por encima de la búsqueda del provecho capitalista inmediato y resistir a la generalización de las tecnologías. Su imperativo reza: «Actúa de tal manera que los efectos de tu acción sean compatibles con la permanencia de una vida auténticamente humana en la faz de la tierra».

La crítica ecológica a la economía

No fue hasta bien avanzada la segunda mitad del siglo XX que la palabra decrecimiento fue utilizada de forma explícita desde la crítica ecológica al modelo económico del crecimiento, superando así el campo estrictamente ético. Fue Jacques Grinevald el primero al traducir al francés, con Ivo Rens, los principales trabajos de Nicholas Georgescu-Roegen (1906-1994) bajo el título *Demain la décroissance: entropie-écologie-économie* (París, 1979).

Georgescu-Roegen ha sido, sin duda alguna, la fuente de inspiración de aquellos que han decidido apostar por el decrecimiento. Fue él quien creó una nueva ciencia económica, la bioeconomía, que conectaba la economía con la termodinámica. Planteaba que el sistema económico se insiere dentro de un sistema más amplio que es la biosfera, de manera que las leyes físicas y biológicas ponen límites a la economía. Consideraba la producción en términos rigurosamente *físicos* frente a los economistas neoclásicos que la han considerado en términos de *valor*, que implica precios, vinculados a la utilidad de los bienes y servicios determinados.

En una de sus obras más celebradas, *The Entropy law and the Economic Process* (Cambridge, 1971), Georgescu-Roegen cuestionó el «paradigma de crecimiento» de la economía neoclásica, es decir, el supuesto erróneo que el crecimiento económico ilimitado es posible y deseable. Entonces propuso la necesidad de seguir el camino inverso hacia una contracción de la actividad económica.

Tal como nos recuerda constantemente Joan Martínez Alier en sus escritos, no sería hacer honor a la verdad afirmar que la perspectiva de Georgescu-Roegen salió de la nada. A finales del siglo XIX y principios del XX científicos como Podolinsky, Ruskin, Geddes, Neurath, Ayres, etc. ya habían empezado a entender la economía como sistema en relación directa con el medio natural, en términos de energía y materiales, superando los dogmas de los economistas neoclásicos.

El discípulo más destacado de Georgescu-Roegen y fiel defensor de sus teorías, Herman Daly (1938-) en su obra *Steady-state economics* (Londres 1992), inspirándose en John Stuart Mill, Joseph Schumpeter, John Maynard Keynes y el mismo Georgescu-Roegen, desarrolló su personal propuesta: el concepto de una economía en estado estacionario de equilibrio dinámico. Este planteamiento contradecía en parte las directrices del maestro, y especialmente una de sus aportaciones más importantes, la que llamó su cuarta ley de termodinámica (el reciclaje completo es imposible) que convertía el estado estacionario en una imposibilidad entrópica.

El filósofo y economista francés Serge Latouche, del cual hablaremos más adelante, se agarra a este argumento para rechazar la opción del estado estacionario, para defender que la única vía posible y practicable es la del decrecimiento. Martínez Alier no coincide con esta apreciación y puntualiza que Daly está con el decrecimiento desde 1968 pero dijo que aceptaría la expresión «desarrollo sostenible» solamente si la palabra «desarrollo» se redefinía como no-crecimiento. No obstante, muchos analistas consideran, obviando los matices semánticos, que ambas reflexiones no están tan alejadas. Por ejemplo, para Christian Kerschner, miembro del *Institut de Ciència y Tecnologia de la Universitat Autònoma de Barcelona*, las dos propuestas no sólo se enfrentan a desafíos semejantes (ser consideradas crítica utópica, estar condicionadas a la necesidad de un crecimiento moral y estar ligadas a un debate sobre los «fines últimos») sino que podrían llegar a ser complementarias.

Crítica al desarrollismo y a la sociedad de consumo

Con un trasfondo marcado por el primer informe del Club de Roma, los acontecimientos del 68, la primera crisis del petróleo, se fraguó una corriente de pensamiento alrededor de la idea del decrecimiento. Intelectuales brillantes aunque marginales como Ivan Illich, André Gorz, Cornelius Castoriadis y François Partant,

cuestionaron desde los años sesenta las bondades del crecimiento y el desarrollo y analizaron las consecuencias de la sociedad de consumo. Se trataba de una crítica al capitalismo hecha desde la ecología y la antropología, una crítica profunda del modelo de vida occidental. Articularon una denuncia de los efectos nocivos del productivismo capitalista y una reflexión sobre la pérdida de libertad y de subjetividad que provoca y explota el consumismo.

Ivan Illich (1926-2002) denunció desde 1974 la «contraproduktividad» de las instituciones del capitalismo, es decir sus efectos contraproducentes (la industria contamina las regiones que desarrolla, el rendimiento agrario agota los suelos, la sobreinformación desinforma, la escuela no promueve la cultura sino la confusión, los hospitales agravan la salud de sus pacientes con tratamientos químicos y deshumanizadores, etc.) y la «heteronomía» a la que éstas inducen (pérdida de saber-hacer individual, sometimiento del hombre a lo útil), la destrucción de la naturaleza por el productivismo y el sobrecrecimiento. Frente a esta situación propuso la convivencialidad que preconiza «la sobria embriaguez de la vida», la limitación necesaria de nuestro consumo y de la producción, para detener la explotación de la naturaleza y del trabajo por el capital, facilitar que la persona, integrada en la colectividad, controle las instituciones, la ciencia y la técnica, en lugar de hacerlo un cuerpo de especialistas. Esto no significaba volver a una vida de privación y de trabajo, al contrario: si se es capaz de renunciar al confort material, supone una liberación de la creatividad, una renovación de la convivencialidad y la posibilidad de llevar una vida digna. Él era consciente que la transición será dura, que «la deshabituación al crecimiento será dolorosa, sobre todo para los más intoxicados». Así pensaba en voz alta: «Ojalá el recuerdo de estos sufrimientos preserve las generaciones futuras de nuestros errores».

André Gorz (1923-2007) denunció el poder alienante del capitalismo, que crea necesidades artificiales, estableciendo un nexo intrínseco entre productivismo consumista y crisis ecológica; por el contrario, nos incita a ser auténticos «sujetos» individuales, como primer paso para cambiar de paradigma. Ha insistido en que «la sociedad industrial ha llegado a un límite en el que es preciso cambiar de paradigma o perecer por efecto mismo de su desarrollo». «Hoy la utopía no consiste en preconizar el bienestar del decrecimiento y la subversión actual del modelo de vida; la utopía consiste en creer que el crecimiento de la producción social aún puede aportar un mejor-estar y que es materialmente posible». Afirma que para salir de la sociedad de consumo hay que cambiar el sistema de producción, hay que liberar la actividad humana de la dictadura del trabajo asalariado. «Cuanto más ampliamos la esfera de actividades en las cuales podemos decir «esto no se vende», más ricas son nuestras vidas individuales y sociales».

Gorz propuso un socialismo ecológico, un reformismo fuerte con medidas como la asignación universal de un ingreso suficiente, la multiplicación de talleres comunales de autoproducción y el intercambio multirrecíproco a través de monedas sociales.

Cornelius Castoriadis (1922-1997) constató que «con el capitalismo y la tecno-ciencia moderna, basados en un crecimiento continuo y rápido de la producción y del consumo, que implican efectos catastróficos en la ecosfera terrestre, que ya son visibles, la gente ha perdido la conciencia (antes quizás ingenua, pero justa) de su dependencia vital en relación con el medio ambiente (recuérdese la película *Dersu Uzala*)». Defendió la «necesidad de abandonar la idea que la única finalidad de la vida es producir y consumir

más —idea absurda y degradante a la vez—, esto es la necesidad de abandonar el imaginario capitalista de un seudocontrol seudoracional, de una expansión ilimitada». Reivindicó una liberación del sujeto, para que él mismo fuera su propia autoridad. Así propuso su proyecto de autoemancipación autónomo de las sociedades.

Igual que Gorz, Castoriadis fue un pionero de la politización de la ecología. Afirmaba que la ecología es esencialmente política, no es «científica». La ciencia en tanto ciencia es incapaz de fijar sus propios límites y finalidades, no tiene nada que decir acerca del carácter «bueno» o «malo» de lo que investiga. Más aún, «la ecología es subversiva porque pone en duda el imaginario capitalista que domina el planeta».

El discurso actual del decrecimiento

Al hablar de decrecimiento no podemos hacerlo como si se tratara de una composición doctrinal bien cohesionada, sería más correcto hablar de diversas voces con matices muy distintos (a veces contradictorios), de una polifonía que responde a un objetivo compartido, de un mosaico de ideas desarrolladas en distinta medida. El colectivo de la revista francesa *Silence* en el año 2003 hizo un monográfico bajo el título «Objetivo decrecimiento». Se trataba de una versión reducida de un volumen más extenso con el mismo título, donde encontramos el primer intento de cohesionar un discurso por parte de los pioneros, para algunos los «partisanos» del decrecimiento, que asumen el reto de difundir las ideas fuerza del decrecimiento para potenciar un movimiento social y un cambio de conciencia.

El texto es una declaración de principios del decrecimiento. A causa de la heterogénea composición del coro de voces vemos conveniente presentar el mosaico de ideas tomando como referencia la perspectiva de los solistas. Parten de la idea que el crecimiento económico es el motor del capitalismo que nos lleva a la destrucción del planeta, y por este motivo tenemos que renunciar absolutamente a éste. Proponen cambiar radicalmente el modo de vivir, consumiendo menos y produciendo de otra manera.

En primer lugar destaca la figura de Serge Latouche, que ha dedicado una gran parte de su actividad a la difusión de este discurso, ganándose así apelativos como «profeta» o «apóstol» del decrecimiento. Su discurso recoge gran parte del recorrido intelectual que hemos expuesto, desde la defensa de valores éticos como la frugalidad, la simplicidad, y sobre todo el principio de precaución ecológica de Jonas, hasta las críticas posdesarrollistas de Illich, Gorz y Castoriadis, pasando por la crítica económica de Georgescu-Roegen; pero recoge también otras perspectivas como la del catastrofismo (Dupuy) y la pedagogía de las catástrofes, el pluriversalismo de Raimon Panikkar, etc. Latouche denuncia los efectos ecocidas del modo de vida capitalista, sobre todo cuando se mundializa, así como las ilusiones del desarrollo «sostenible», un desarrollo tóxico, sin duda, un oxímoron. El significado histórico y práctico del desarrollo, ligado al programa de modernidad, es fundamentalmente contrario a la sostenibilidad entendida como actividad humana que no tiene que crear un nivel de contaminación superior a la capacidad de regeneración del medio.

Sus constantes viajes a África le han proporcionado una perspectiva crítica de la sociedad industrial moderna, del modelo de civilización occidental, responsable de la situación que vive el continente africano. Por un lado propone descolonizar nuestro

imaginario del economicismo. Por otro, constata que el proyecto de emancipación del hombre a través de la ciencia, la técnica y la democracia que propone la modernidad, se ha transformado en su contrario, ha servido para construir una sociedad más heterónoma que nunca, donde la tecnociencia y los tecnócratas que la administran nos imponen unas formas de vida que no hemos escogido. La única salida posible no es el retorno al pasado sino superar la modernidad para poder realizar su propósito más profundo, que es la realización de una auténtica sociedad autónoma (Castoriadis), donde las mujeres y los hombres sean capaces de hacerse cargo, libremente, de su destino. Decidir cómo tiene que ser la sociedad del futuro es responsabilidad de todos.

El director de la publicación mensual *Decroissance*, Vincent Cheynet, tiene un punto de vista divergente. Su discurso desarrolla el concepto de *economía sana*, es decir, una economía que tiene como objetivo básico tocar el mínimo capital natural posible. Una economía de pequeñas entidades, modelo que fue defendido por el periodista y filósofo Alain, donde la producción esté administrada por cooperativas, artesanos y comercios de proximidad. Ni el liberalismo puro y duro ni la nacionalización y la economía centralizada. Por estos motivos la única vía es el decrecimiento y esto significa reducir la producción y el consumo. El decrecimiento tiene que ser sostenible, es decir que no genere una crisis social, que no ponga en cuestión la democracia y el humanismo. Llama a su propuesta un cierto liberalismo filosófico, en el sentido de volver a poner al hombre en el centro del sistema y de no hacer de la economía nada más que un medio a nuestro servicio. Se trata de un humanismo con una voluntad reformista que no ha renunciado a los ideales de la Ilustración, y que difiere sustancialmente del enfoque crítico de la modernidad que hace Latouche.

También destacan las aportaciones del antes citado Jacques Grinevald y de Mauro Bonaiuti, encargados de exponer y asumir el legado de Georgescu-Roegen. Ambos cuestionan el posicionamiento doctrinario de los economistas neoclásicos que dominan la escena académica y hacen una defensa de la economía ecológica y su forma de interpretar la crisis. Mauro Bonaiuti expone las objeciones de la bioeconomía a la idea que defienden los economistas ortodoxos, que el *progreso tecnológico* propiciará una *desmaterialización de la economía* propiciando el paso a una economía ligera, caracterizada por un consumo muy bajo de recursos naturales y por una contaminación extremadamente reducida. La crítica deja claro que el progreso tecnológico, considerado en su conjunto, no sólo no comporta una reducción del impacto sobre los ecosistemas, sino al contrario, un aumento del consumo absoluto de recursos. Bonaiuti defiende que «el proyecto de una economía sostenible pide una revisión profunda de las preferencias, y de la manera de concebir la producción del valor económico». «Será necesario producir renta utilizando menos materia y menos energía». Para conseguirlo hay que transformar profundamente el imaginario económico y productivo. Apostar por la expansión de una economía solidaria a través de la producción de «bienes relacionales» que desplace la demanda de bienes tradicionales con un impacto ecológico elevado. Llama relacionales los bienes que «podemos disfrutar aisladamente, pero sólo en el marco de una relación entre aquel que ofrece y aquel que demanda, como por ejemplo los servicios a las personas (sanidad, bienestar, asistencia) pero también los servicios culturales, artísticos y espirituales-religiosos», que comportan la degradación de cantidades pequeñas de materia/energía.

Uno de los argumentos que han puesto en juego los defensores del desarrollo sostenible es la «cura de eficacia» que nos proporcionan las nuevas tecnologías, que nos permiten

consumir menos materia y energía. François Schneider se ha encargado de desenmascarar este argumento poniendo en juego un concepto heredado de la primera crisis del petróleo, que ha cobrado especial importancia: el «efecto rebote». Sin tener que denigrar de los procesos tecnológicos, el efecto rebote nos enseña que el ahorro que estos conllevan acaba redundando en un crecimiento del consumo (los coches económicos nos permiten ir más lejos por el mismo precio, las bombillas de bajo consumo tienden a mantenerse encendidas más tiempo que las otras porque su uso es menos caro, etc.). La reducción del precio final redonda en el aumento de consumo. Pero el efecto rebote se amplía cuando se tiene en consideración el aumento de consumo de otros productos o servicios a causa del ahorro acumulado (por ejemplo, las ganancias en ahorro de energía podrán ser utilizadas para viajar más, y esto exige el mantenimiento de una red de carreteras, etc.). Y el efecto se amplía más cuando se proyecta en aspectos diferentes de los costes directos, como por ejemplo la noción de tiempo (los medios de transporte rápidos, que se supone que ahorran tiempo, comportan un aumento de las distancias recorridas).

Para evitar el efecto rebote, Schneider propone «actividades que ocupan tiempo, que piden un cierto esfuerzo o que nos cuestan caras (por la buena calidad)», por ejemplo desplazamientos en bicicleta que tienden a reducir los kilómetros recorridos, el sistema de coches compartidos que reducen el uso, los productos caros de buena calidad, o buenos para la salud como los productos biológicos que agotan nuestro presupuesto e impiden que consumamos productos de mala calidad y contaminantes. Pero se pregunta cómo trascender del plano individual al plano político, es decir, qué medidas tomar para evitar el efecto rebote, cómo forzar (mejor sería convencer) a las empresas para que abandonen las estrategias que provocan un aumento del consumo. Acaba defendiendo que la innovación dirigida a los productos y los servicios, debería dejar paso a «la innovación de un estilo de vida que reduzca nuestro consumo», a la frugalidad.

Uno de los conceptos clave del discurso del decrecimiento es el de la localización, como vía para combatir uno de los efectos más destructivos de la globalización, la desaparición de las redes locales de intercambio y de relación. En este sentido Helena Norberg-Hodge afirma que «si la mundialización es la causa de tantos males» (degradación de la democracia, pérdida de autonomía para los gobiernos, desestabilización económica, excesiva urbanización, inseguridad alimenticia, ampliación del abismo entre privilegiados y desposeídos, degradación del medio ambiente, la multiplicación de conflictos, violencia y terrorismo) «la localización forma parte evidente de los remedios». Pasar de la escala mundial a la local no significa que las comunidades pasen a ser totalmente autosuficientes, «sólo se trata de acercar a los productores y a los consumidores cuando esto sea posible, y de encontrar un mayor equilibrio entre la producción y el comercio locales». «El objetivo no es, evidentemente, poner punto final a todo tipo de comercio, sino más bien eliminar los transportes inútiles y estimular toda actitud que pueda reforzar y diversificar las economías de ámbito local pero también nacional». Se trata de «volver a tomar conciencia que dependemos del lugar donde vivimos».

Pero para conseguir esta interdependencia local, paralelamente a la modificación de políticas y reglamentaciones de alcance nacional o supranacional que lo faciliten, hacen falta diversas iniciativas locales para poder actuar localmente. Norberg-Hodge presenta una panorámica de estas iniciativas: bancos y fuentes de préstamo comunitario, empresas locales, moneda local, alimentación local, comunidades locales, etc.

Posteriormente se han incorporado otras voces que han enriquecido el discurso global del decrecimiento. Así podemos destacar las aportaciones que están haciendo otros autores italianos: Paolo Cacciari en el ámbito del trabajo al distinguir el decrecimiento real que conduce al paro y a la desesperación, y el decrecimiento forzado que supone la liberación del trabajo útil y creativo; o la pedagogía de las catástrofes que nos propone Enrico Euli, para citar algunos.

Otras perspectivas

Hemos considerado conveniente comentar otros puntos de vista que parten del mismo diagnóstico pero que enfocan el apartado de soluciones desde otras perspectivas que pueden converger o divergir con la del decrecimiento. Una corriente de pensamiento que converge son los llamados catastrofistas (expresión que puede conllevar algunos equívocos). Éstos ponen el acento en la necesidad de proyectar nuestra imaginación sobre la catástrofe ecológica de dimensión apocalíptica que la marcha desenfrenada del capitalismo está a punto de provocar y una vez situados en este punto articular una batería de respuestas que pueden incidir en el destino de los acontecimientos. Dos nombres destacados son los de Jean-Pierre Dupuy y Paul Virilio. El primero denuncia el capitalismo tecnocientífico como un proceso catastrófico y arremete contra la ceguera general y colectiva frente a la catástrofe ecológica inminente; el segundo destaca la «ecología gris», esto es la «contaminación de las distancias», el aniquilamiento de la «geodiversidad» por la «globalización» que va a llevar a nuestra sociedad al «accidente integral».

Por otro lado nos encontramos con los defensores de la ecología industrial que se han mostrado muy críticos con el decrecimiento. Desarrollada en EEUU por investigadores del Massachusetts Institute of Technology (MIT), sobre todo en la publicación *Journal of Industrial Ecology*, y en Europa por el ingeniero suizo Suren Erkman, la *ecología industrial* se presenta como el nuevo paradigma del capitalismo repensado. Estos autores basándose en diversas experiencias concretas proponen reorganizar el tejido industrial y urbano como un ecosistema.

En el Estado español el decrecimiento ha tenido una acogida dispar en las filas del ecosocialismo. Hemos seleccionado dos voces afines que adoptan dos actitudes distintas, la de Joaquim Sempere que muestra sus simpatías y la de Jorge Riechman que expone sus dudas. A Riechman no le convencen los discursos sobre «posdesarrollo» y «decrecimiento». Considera atractiva su radicalidad pero no le seduce el «éxodo fuera de la sociedad industrial» que predicán. Defiende que la Ilustración, modernidad, progreso tecnológico y civilización industrial no deben ser abandonadas sino que «precisan una vigorosa reorientación y reconstrucción». Su hipótesis es la de los «efectos de umbral» —desarrollo con aspectos positivos que degenera transformándose en sobredesarrollo— y su objetivo es una sociedad industrial ecosocialista, basada en el concepto de biomímesis.

Sempere considera que el decrecimiento es la única vía posible. Seguidamente reproducimos su didáctica metáfora del *Titánic*: «El hundimiento del *Titánic* fue dramático no sólo, ni principalmente, porque fue el fracaso de la ilusión de que la técnica era capaz de construir un buque insumergible. Lo fue porque aquel barco admitía muchos más pasajeros que plazas en botes salvavidas. Al naufragar, una parte del pasaje estaba automáticamente condenada a morir. Nuestra sociedad mundial es

como el *Titánic*, y, como él, está amenazada de naufragio, aunque muchos alimenten la ilusión de que es insubmersible. Por eso la tarea más solidaria y humanista hoy es aprovechar los años que nos quedan —antes de que sea demasiado tarde— para desguzar los camarotes y los salones de lujo del buque y con sus maderas y otros materiales ponernos a construir los botes salvavidas que faltan».

Un contexto que habla claro

Los acontecimientos que se han ido sucediendo a lo largo de los últimos 40 años han sido el suelo abonado en el que ha ido madurando la propuesta del decrecimiento. Seguidamente haremos repaso de los que nos parecen más relevantes, o que han tenido más incidencia en la gestación de este proceso.

En abril de 1968, economistas, industriales y universitarios de 53 países fundaron el Club de Roma y decidieron inventariar los efectos del capitalismo sobre el planeta. Después de cuatro años de encuestas apareció el célebre informe Meadows, *Limits to growth*. Basándose en análisis estadísticos globales y en simulaciones matemáticas, los autores se inquietaron: la humanidad tendrá que conocer un hundimiento general de su nivel de vida antes del 2100. Los que en aquel momento fueron tildados de catastrofistas, hoy son vistos como visionarios.

Una década después, tras una primera crisis del petróleo que nuestras sociedades no quisieron recoger como señal de alarma, apareció el informe Brundtland en 1987. Fue el primer diagnóstico hecho desde la ONU que alertó de los graves problemas medioambientales y que sirvió de impulso a la primera cumbre del planeta, la de Río en el año 1992. Ésta representó un primer paso para que la humanidad, y especialmente los responsables políticos y los poderes económicos, empezaran a reconocer públicamente el problema, aunque también fue una oportunidad perdida porque el rumbo que se tomó siguió la estela del «crecimiento sostenible», un intento de salvar el sistema con pequeños retoques. La apuesta fue la de reconciliar el desarrollo de la empresa y la protección del medio ambiente, es decir que sobrevivan a la vez la capa de ozono y la industria capitalista. Mientras la opinión pública mundial laureaba los resultados de la cumbre, los que empezaban a elaborar el discurso del decrecimiento mostraron su decepción y denunciaron el engaño que se escondía bajo el oxímoron «crecimiento sostenible» (Latouche). Empezaba la cuenta atrás.

En 1994 se hizo la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo de El Cairo (Egipto) en el marco de la ONU, donde se trató uno de los temas más espinosos para los defensores del decrecimiento: la sobrepoblación. La complejidad del tema, puesto que las realidades allí representadas eran muy distintas, hizo imposible poder tomar acuerdos más allá de declaraciones de buena intención. *Grosso modo* se enfrentaban dos diagnósticos distintos que proponían dos praxis distintas: por un lado organizaciones internacionales y algunos gobiernos defendían que el crecimiento demográfico ha sido la causa principal de la pobreza y de la degradación ambiental (catalogados de neo-malthusianos) por lo que deben imponerse medidas anticonceptivas sin previo aviso, y por otro lado los que contrariamente pensaban que el crecimiento de la población no es una amenaza al medio ambiente y que lleva al crecimiento de la economía (anti-malthusianos). La magnitud del problema permite que se sucedan los estudios y las propuestas. En este sentido destacaremos el que unos años después publicó William Stanton bajo el título *The rapid growth of human population 1750-*

2001, donde defiende la tesis que la desaparición del petróleo, recurso energético no renovable, nos condenará a retornar a una población acorde con la capacidad de carga del planeta, es decir, una cifra correspondiente al

principio de la industrialización. Para conseguirlo defiende la necesidad de medidas ecototalitarias en un escenario darwiniano, como por ejemplo la prohibición de la inmigración tratando a los ilegales como si fueran criminales, la aplicación automática de medidas abortivas o el infanticidio en caso de discapacidades y la eutanasia en caso de edad avanzada, etc. Para los defensores del decrecimiento la sobrepoblación es un problema, quizás uno de los más importantes y complejos, que hay que atajar pero no a cualquier precio. Para Latouche sólo hay una única manera de hacerlo, ésta es la democracia ecológica.

Los problemas cada vez son mayores, los informes y encuentros internacionales se suceden, pero los resultados son decididamente estériles y frustrantes. El ejemplo más notable ha sido el Protocolo de Kioto del Convenio Marco sobre Cambio Climático de las Naciones Unidas, del año 1997. Se trataba de llegar a unos acuerdos muy mínimos para limitar las emisiones de gases invernadero. EEUU, el país que más contamina, no los firmó y su presidente, Bill Clinton, declaró que «no firmaré nada que pueda perjudicar nuestra economía».

Precisamente esta decepción permanente conduce a una progresiva falta de confianza en estas cumbres mundiales en el marco de la ONU. Por este y otros motivos, en paralelo empiezan a organizarse cumbres alternativas, la más representativa de las cuales es la conocida como Foro Social Mundial (popularizado como Foro de Portoalegre en honor a la ciudad que lo vio nacer). La idea de decrecimiento nace en otro encuentro internacional de postdesarrollo celebrado en París en el año 2002, bajo el título «Deshacer el desarrollo, rehacer el mundo» y que reunió más de 700 personas. Los trabajos y debates que se presentaron fueron la semilla de lo que acabó fraguando en la revista *Silence*.

Y mientras tanto se suceden los acontecimientos catastróficos que en el pasado habían sido augurados quizás con menos dramatismo (los tachados de apocalípticos se habían quedado cortos). El 25 de agosto de 2005 el huracán Katrina, cuya virulencia está sin duda ligada al cambio climático, azotó las costas de Louisiana. Al choque se juntó la estupefacción de ver a la población pobre totalmente abandonada, mientras los ricos pudieron encontrar protección. Anteriormente otras catástrofes no previstas, como la canícula que segó la vida de centenares de franceses en el verano del 2003 o el tsunami del Índico en 2004, ya habían estremecido la opinión pública. Según Isabelle Stengers, autora de *Au temps de catsatrophes*, si el Katrina nos ha marcado tanto, es porque es el modelo de las grandes catástrofes ecológicas futuras: una naturaleza, desencadenada por el productivismo capitalista, que veremos abatirse sobre un pueblo desarmado. Latouche defiende que estas catástrofes hacen más por el decrecimiento que todas las movilizaciones juntas.

Las noticias continúan siendo malas. En 2006, por encargo del gobierno británico, se publicó el Informe Stern, que lleva el nombre del viejo economista, ex-director del Banco Mundial, que lo dirigió. Se trataba de la primera tentativa de cifrar el desgaste provocado por el cambio climático y de proponer una reforma ecológica del sistema. En el estudio se expuso a la opinión pública que si los estados y los grandes empresarios no

toman medidas drásticas el calentamiento global costará 7.000 billones de dólares en 2050. Entonces se tendrá que pagar el alto precio de la desertificación de las regiones tropicales secas, acoger las decenas de millones de refugiados climáticos, los grandes trabajos para hacer frente a la subida del nivel del mar, y también reparar las catástrofes que se están sucediendo, resolver los grandes problemas de agua potable, sin contar la desaparición de especies vivas y de ecosistemas enteros. Este estudio es histórico porque por primera vez un gobierno occidental critica, paradójicamente en nombre del mismo capitalismo, el poderoso frente de los neoliberales «ecoescépticos» con su dogma que asocia mercado y «desarrollo sostenible» es el único comportamiento favorable para la economía y el medio ambiente. Este estudio, que aún ve posible una reforma del sistema, se contradice con diversos estudios publicados recientemente, que señalan que ya hemos llegado demasiado tarde y que el proceso es irreversible.

En los tres últimos años los acontecimientos se están precipitando. En el año 2007 la crisis humanitaria generada por la escasez de alimentos, producida a su vez por la entrada del capital financiero, mostró la cara más perversa e inhumana del sistema. En 2008, primero estalló la burbuja inmobiliaria y después, como consecuencia de ésta (entre otras causas), se produjo el que para muchos expertos sólo es el primer gran desplome financiero. Las consecuencias han empezado a notarse aunque aún no han llegado al paroxismo. Ahora los altos cargos de las administraciones y los expertos hablan, sin ningún tipo de reserva, de recesión global.

Y no nos olvidemos de la crisis energética, que a lo largo del 2008 ha empezado a manifestarse con la fluctuación de los precios del crudo. Los expertos vaticinan que el 2010 es la fecha límite a partir de la cual se habrá terminado la era del petróleo barato («peak-oil»). A partir de aquí todo es posible.

Decrecimiento en movimiento

En los últimos cinco años, un número creciente de personas ha encontrado en el decrecimiento un tema movilizador. Aún así, el aspecto relevante no es tanto, a nuestro entender, el surgir de un movimiento específico para el decrecimiento —que también—, como la capacidad de su ideario para crear un espacio de influencia entre las distintas tradiciones y experiencias de los movimientos sociales anteriores. El decrecimiento ofrece un marco conceptual integrador, cuya fuerza se debe, en gran medida, a la dinámica de los hechos, y se alimenta de las debilidades del sistema, cada día más evidentes.

Nos parece importante un breve repaso de las corrientes profundas que han atravesado y transformado nuestra sociedad desde mediados del siglo pasado, o tal vez antes, y que sólo en una mínima parte se han exteriorizado en movimientos visibles. En este sentido, cabe resaltar la naturaleza principalmente sumergida de los movimientos, que funcionan como un iceberg, cuya parte visible sólo es una fracción pequeña del total sumergido, que es lo que la hace f lotar.

El movimiento de recorrido más largo y de influencia más profunda, en su capacidad para generar cambios teóricos y prácticos en nuestra cultura, es el que hace referencia a la perspectiva de género. El papel concreto de las mujeres ha determinado transformaciones en todos los niveles de la vida social, empezando por la relativización de la cultura masculina (o directamente machista) y sus valores.

La perspectiva de lo femenino también ofrece una mayor capacidad de integración entre los niveles racional, físico, emocional y simbólico, para articular un discurso y una práctica que se plantean como alternativos a la violencia.

Aquí enlazamos con el legado de otro movimiento, orientado hacia un ideal pacifista y a veces no violento, que cuestiona el fundamento militar de todas nuestras sociedades, casi sin excepción. Sus críticas a la noción de poder, a las formas de entender y gestionar los conflictos, se han traducido alguna vez en éxitos históricos, como en las luchas por la emancipación, con Sudáfrica como ejemplo más reciente. Por otro lado, la estrategia de amenaza nuclear practicada a lo largo de la guerra fría, ciertamente cercana a la locura^[1] ha servido también para desenmascarar la «irracionalidad» de la razón militar. Todo esto se ha traducido en una aspiración mayoritaria hacia una cultura de paz, introduciendo en el sentido común prácticas como la mediación, la búsqueda de opciones en qué todas las partes ganan (*win-win*), en definitiva la ruptura de un esquema de enfrentamiento rígido y la apertura a formas creativas de transformación de los conflictos. Esta misma tradición de pensamiento está en la raíz de una sensibilidad cada vez más atenta a la dialéctica Norte-Sur, como foco del desequilibrio estructural planetario y síntoma de los fallos sistémicos del capitalismo.

No extraña, pues, la continuidad con el movimiento altermundialista, que aboga por la diversidad cultural y en contra del actual «epistemicidio», en palabras de Boaventura Da Sousa Santos; esta poderosa corriente mundial antiglobalización denuncia las devastaciones de una violencia ejercida cada vez más a través de la economía, y llama a formas de desobediencia que tienen en la insurgencia zapatista su ejemplo más emblemático.

Finalmente, cabe destacar la nueva conciencia ambiental introducida por el movimiento ecologista. Su enorme influencia se debe, en gran medida, a la polivalencia de sus conceptos, que se mueven entre ciencia y militancia, afectando paradigmas de conocimiento pero también prácticas de vida. Lo mismo ocurre en la esfera política: la visión ecológica puede traducirse tanto en formas de gestión institucional como de antagonismo alternativo; y en economía, inspira tanto nuevas estrategias productivas como propuestas de transformación sistémica. En definitiva, una serie de conceptos han calado en la conciencia colectiva y son ya de dominio público, empezando por nociones esenciales como la de huella ecológica, externalidades, capacidad de carga de un sistema, etc., junto con una mayor aceptación de la complejidad. Finalmente, el ecologismo profundo ha llegado a suponer, en muchos casos, un retorno a la raíz común de muchas culturas nativas, con su conciencia profunda de la unidad de la vida y su dependencia del sol como fuente primordial de energía.

El legado de todos estos movimientos es ingente, tanto en la aportación de ideas como de experiencias. El decrecimiento no inventa nada nuevo, o casi. Su principal aportación consiste en alertar que es inevitable la transición hacia un escenario muy diferente del actual, que nos obligará a redefinir formas de vida colectiva a partir de la aceptación de los límites, según el principio de sobriedad y suficiencia.

Como señala Latouche, el activismo decrecentista se sustenta y mueve a partir de dos formas principales y complementarias: la protesta y la propuesta. «La protesta se concreta en las movilizaciones que se organizan regionalmente y localmente contra los grandes proyectos» (el túnel para una línea de alta velocidad a través de los Alpes, en

Italia, la línea de Muy Alta Tensión, MAT, en las comarcas de Girona, etc.), pero también la lucha por la defensa de los recursos naturales y el territorio (el movimiento antitrasvase del Ebro y por una nueva cultura del agua, etc.).

Por lo que hace a la propuesta, disponemos de un repertorio diverso y extenso de conocimientos, proyectos y prácticas, que configuran una constelación de experiencias útiles a nivel individual, de grupos y comunidades, así como de redes más amplias, que ya empiezan a coordinarse a escala internacional.

El denominador común entre la mayoría de iniciativas es el ya citado principio de relocalización. Citamos, en primer lugar, la Red de Ciudades en Transición (*Transition towns*), liderada por la localidad irlandesa de Kinsale, que ha sido un verdadero laboratorio de ideas para hacer frente a un escenario de declive energético. En una línea parecida encontramos la *Rete del Nuovo Municipio*, en Italia, que pretende consensuar políticas públicas con la implicación de todos los actores sociales y compartir experiencias de gestión sostenible y participativa. También podemos destacar las Redes de Consumo Solidario que se van extendiendo poco a poco en toda la geografía europea, así como los movimientos de defensa del mundo rural y de las producciones locales sostenibles, basadas en cultivos autóctonos. De los muchos ejemplos, citamos las Amap francesas (*Associations pour le maintien d'une agriculture paysanne*), los GAS (*Gruppi d'acquisto solidale*) en Italia, o la Xarxa de Consum Solidari en Catalunya, etc. En el ámbito local, también encontramos colectivos que trabajan la «objeción al crecimiento» mediante proyectos de soberanía energética y reducción de consumo; un ejemplo es el modelo BedZED (*Bedding Zero Energy Development*) adaptado por la Alianza de ciudades perdurables.

En general, el decrecimiento inspira comportamientos «virtuosos», que intentan vivir según un balance de justicia, es decir, respetando una huella ecológica equitativa. Un ejemplo es el movimiento *Cambiaresti* en Italia, que reúne a 1.300 familias sólo en la región del Veneto.

Otro ingrediente importante del decrecimiento es la aspiración a ralentizar el ritmo de vida, inaugurado por el movimiento del *Slow Food*, al cual se han adherido más de cien mil productores, campesinos, artesanos y pescadores de todo el mundo que luchan contra la uniformización de la alimentación y a favor de reencontrar el gusto y los sabores específicos de cada lugar. Siguiendo por el mismo camino, encontramos las *Slow Cities*, una red de ciudades medianas que limita voluntariamente su crecimiento demográfico a 60.000 habitantes.

Sin duda, un elemento fundamental de esta penetración de las prácticas del decrecimiento son los medios de difusión. La primera forma de darse a conocer ha sido en más de una ocasión la organización de marchas a través del territorio, a pie o en bicicleta, o incluso acompañado de un asno, como fue el caso de François Schneider. Ésta es una buena manera de facilitar la relación directa y el intercambio de experiencias. En Francia llevan años organizando marchas, y también en Cataluña la Entesa pel decreixement (una agrupación de colectivos) se dio a conocer en 2008 con un recorrido en bicicleta por el territorio, que culminó en un encuentro de más de 200 personas, con ánimo de ir tejiendo y organizando la red.

Otro papel fundamental es el que juegan publicaciones periódicas como *De-croissance* y la revista *Entropia* en Francia, *Decrescita* y *Carta* en Italia, *Illacrua* y *La Directa* en Catalunya. Por otro lado, y cada vez más, cabe destacar la importancia de Internet y el papel decisivo que juegan las diferentes webs, tanto a la hora de informar como de permitir el contacto y el intercambio. En algunas ocasiones, se generan verdaderas herramientas colectivas, como es el caso del Banco de Recursos que está llevando a cabo la Red por el decrecimiento en Catalunya.

En este terreno es donde se manifiesta de manera más elocuente el relevo generacional, que es otro activo fundamental del decrecimiento; una gran parte de las actividades de los grupos locales recibe la energía y vitalidad de las generaciones más jóvenes, que empiezan a ser más críticas con el consumismo. En conjunto, el encuentro e intercambio entre diversas generaciones conlleva un potencial creativo muy importante para hacer posible la transición necesaria.

[1] La estrategia de la Destrucción Mutua Asegurada tiene, en inglés, las iniciales MAD que, a su vez, significan «loco» en este idioma.